

# DOMINGO XXVII – C

---

6/10/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Mis queridos hermanos,  
Hoy el Señor nos invita a la fe en él.

El profeta Habacuc, en la primera lectura, levanta su queja a Dios. Sus palabras expresan una experiencia común en la vida humana: no entiende. No entiende su vida, no entiende por que pasan ciertas cosas, no entiende y pregunta a Dios: **“¿Por qué?”** Violencias, desgracias, trabajos sin fin, cansancio... “¿por qué?”. Y más aún: **«¿hasta cuándo?»**.

Estas preguntas nos conciernen a todos. Todos podemos expresarnos en las preguntas que el profeta dirige a Dios. Pero las Escrituras nos dejan oír otro «porqué» tremendo, capaz de desgarrar el alma de cualquiera: el de Jesús en la cruz: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»**. Y cuando el Señor pronuncia en la cruz estas palabras repite un salmo, una oración escrita por un hombre, que expresaba los «por qué» de uno de nosotros. El Señor Jesús en la cruz hizo suyos todos los «por qué» que nosotros lanzamos a Dios.

La respuesta de Dios al profeta es una exhortación a la fe. Dios invita, exhorta, al profeta a darle fe a él.

La fe es un acto que nace de lo más profundo del alma del hombre y que implica todo lo que él es. Cuando el hombre da fe a Dios, el hombre entero se pone ante Dios, que antes se ha acercado a él y le ha llamado. El hombre entero ha de responder a Dios, cuando éste se acerca y le llama: con su inteligencia y con su cuerpo, con su alma, con su psicología, con su propia sensibilidad, con sus sentimientos, con lo que desea, con lo que teme, con lo que le angustia, con lo que le alegra la vida diaria, con sus bienes, con aquello que más ama; con su voluntad; con su historia ya vivida y con su memoria, con todo lo que espera vivir en adelante y con sus sueños. Es decir, con todo lo es y con todo lo que tiene.... La respuesta del hombre entero a Dios, ¿esto es la fe!

El hombre entero se pone en pie ante Dios y se entrega a él. Eso es la fe, el acto más decisivo que puede hacer el hombre. Lo contrario a la fe, es desoír la voz de Dios y quedarse consigo mismo, dueño de sí, dueño de todo lo que uno tiene y es, pero solo, enclaustrado en su yo, encerrado en sí mismo.

Dar fe a Dios nos introduce en la comunión con él. No darle fe, nos enclaustra en nuestros propios límites.

Pues dice Dios: en medio del dolor del cuerpo o del alma, de la prueba, de la impotencia, de la pobreza material o espiritual, y de la oscuridad, el hombre justo me da fe, se entrega a mí, confía en mí, espera en mí, que a su tiempo cumpliré mi palabra... Muchas veces la fe se traduce en esto: en esperar, esperar el momento que Dios ha establecido para actuar, un momento desconocido para nosotros, pero que ya está determinado por Dios.

Me viene a la cabeza David: siendo muy joven recibió de Dios la promesa de ser el rey de Israel, pero tuvo que esperar muchos años para que Dios le diera el trono. Cuando parecía que nunca llegaría a cumplirse, él siguió esperando en Dios. En dos ocasiones tuvo la posibilidad de adelantar por sí mismo el cumplimiento de la promesa, cuando tuvo en su mano la vida del Rey Saúl, que injustamente lo perseguía para matarlo. Pero David no quiso tomar por sí mismo lo que se le había prometido, prefirió esperar a que Dios actuase. Y Dios, a su tiempo, después de probar y de perfeccionar el corazón de David le dio el trono y dijo de él: **«He ahí un hombre, según mi corazón»**.

La fe mantiene en pie al justo, le hace vivir y le da la vida: **«Mi justo vivirá de fe»**. Por el contrario, el que no da fe a Dios y quiere seguir siendo dueño de sí mismo y de sus cosas, el hombre que renuncia a escuchar a Dios que le llama y prefiere su soledad, será como un globo que se hincha, caerá, se desvanecerá, se hundirá **«El injusto —esto es, el que no da fe a Dios— tiene el alma hinchada»**; o como dice la versión griega del AT: **«se hundirá»**.

Aunque nos cueste reconocerlo, no podemos construir la vida sobre nosotros mismos. Quien construye sobre sí mismo se condena a la ruina. No podemos garantizar ni la alegría, ni la dicha, ni la salud del cuerpo ni la vida eterna a nadie. Podemos querer mucho a nuestros hijos, pero no podemos garantizar que tengan una vida sin dolor. Podemos querer mucho a una esposa, pero no podemos garantizar que nuestro amor sea tan grande y tan perfecto que la haga feliz. Tampoco podemos garantizar nuestra propia vida, nuestra alegría, nuestra propia felicidad. No podemos construir sobre nosotros mismos; pretenderlo es sólo un acto de vanidad que acaba en ruina.

Sin embargo aquel que da fe a Dios, ese vivirá. Vivirá por su fe. Pasarán la prueba de esta vida y se mantendrán en pie. A eso nos anima Dios hoy. Eso es lo que vemos en los justos del AT<sup>1</sup> y eso es lo que certificamos en el mismo Jesucristo. No se le ahorró ningún dolor, ninguna angustia. Dirigió su «por qué» a Dios, en medio de la oscuridad y de la debilidad espiritual extrema de aquel momento de prueba, pero cumplió hasta el fin el plan de su Padre pasando por aquella situación, se entregó a él y de él recibió la victoria sobre la muerte. Con lo que se cumplen perfectamente las palabras dichas al profeta: **«Mi justo vivirá de fe»**.

De lo que se sigue que la fe es poderosa. En medio de la oscuridad nos da luz clara, visión cierta, seguridad: la del amor de Dios más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado. En medio de nuestra debilidad nos da el poder de Dios. Jesús hace alusión a este poder de la fe en el Evangelio. Los apóstoles le piden que les aumente la fe y él les enseña algo que estaba más allá de lo que podían imaginar, les habla de poder de la fe, una fe que ellos aún no tienen, pero que tendrán en su momento: **«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar." Y os obedecería»**.

La fe nos une a Dios, nos introduce en la comunión con él, hace que vivamos en él y él en nosotros, nos hace partícipes de su vida, por eso nos da una luz y una fuerza que no son nuestras. Nosotros podemos vivir en medio de la oscuridad, del no saber el porqué de las cosas que ocurren a nuestro alrededor o en nuestra vida, pero la fe nos da una luz: la visión clara y cierta del amor de Dios, la certeza de que Dios nos ha amado hasta la muerte, la certeza de que Dios nos quiere, la certeza de

---

<sup>1</sup> La Escritura, en la carta a los Hebreos, retoma las palabras con las que Dios había dado respuesta muchos siglos antes al profeta Habacuc y hace una pequeña relación de los justos que en el AT mostraron esta fe por la cual obtuvieron la recompensa de Dios Hb 10 y 11

que por ese amor no nos abandonará. Nosotros podemos experimentar el cansancio y la debilidad del cuerpo y del espíritu, pero la fe nos da la fuerza del amor de Dios, que nos permite entregarnos hasta el fin. Este es el verdadero milagro de la fe. Su luz y su fuerza se hacen presentes en medio de nuestra oscuridad y de nuestra debilidad. Estas no desaparecen, permanecen ahí y, en medio de ellas, la fe nos trae luz y fuerza, para que quede bien claro que lo que ella nos da viene de Dios. Esta luz y este poder nos harán permanecer en pie, esperar hasta el final en Dios, aguantar los envites de las tentaciones y recibir con Cristo el premio de la victoria, la vida eterna.

Por eso, porque la fe es luz y es fuerza y poder, aun en medio de la pruebas o del dolor, san Pablo llama a Timoteo, su hijo espiritual, al trabajo por el Evangelio: «**Toma parte en los duros trabajo por el Evangelio**», le dice. Timoteo había recibido el orden sacerdotal por la imposición de manos de san Pablo. Y san Pablo le pide que renueve este don recibido de Dios: «**reaviva el don de Dios**». No basta que ya haya recibido la fe, el bautismo y el episcopado, debe reavivarlo constantemente en un camino de perfección que lleva a la santidad.

Dios nos pide esto a nosotros: que vivificados por la fe, reavivemos el don que hemos recibido: yo el del sacerdocio, vosotros el del matrimonio —la gran mayoría—. Es necesario reavivarlo constantemente en el camino de la santidad, para mostrar al mundo la realidad del contenido de la fe: que Dios es amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que ama al hombre, que envió a su Hijo al mundo para salvarlo, que este Hijo murió en la cruz y que resucitó y que a través de la Iglesia y los sacramentos, nos ha llamado a la participación en su victoria y en su vida. Eso lo anunciaremos viviendo con santidad el matrimonio, el sacerdocio o aquel estado de vida al que Dios nos haya llamado.

La santidad es el verdadero testimonio de que el contenido de la fe que confesamos en el credo es cierto, es verdadero. La santidad es la medida de la fe. No nos conformemos con una vida mediocre. Demos al mundo lo que Dios nos pide, el testimonio de una vida santa, desechando el espíritu mundano, como ha dicho el Papa Francisco esta semana. Y mantengamos la fe hasta el fin.

Alabado sea Jesucristo  
Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.

**LECTURA DE LA PROFECÍA DE HABACUC** (1,2-3; 2,2-4)

¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches? ¿Te gritaré: «Violencia», sin que me salves? ¿Por qué me haces ver desgracias, me muestras trabajos, violencias y catástrofes, surgen luchas, se alzan contiendas?

El Señor me respondió así:

«Escribe la visión, grábala en tablillas, de modo que se lea de corrido. La visión espera su momento, se acerca su término y no fallará; si tarda, espera, porque ha de llegar sin retrasarse. El injusto tiene el alma hinchada<sup>2</sup>, pero el justo vivirá por su fe<sup>3</sup>.»

Palabra de Dios.

**SALMO RESPONSORIAL** (94,1-2.6-7.8-9)

R.: *Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón.»*

Venid, aclamemos al Señor,  
demos vítores a la Roca que nos salva;  
entremos a su presencia dándole gracias,  
aclamándolo con cantos. R.

Entrad, postrémonos por tierra,  
bendiciendo al Señor, creador nuestro.  
Porque él es nuestro Dios,  
y nosotros su pueblo,  
el rebaño que él guía. R.

Ojalá escuchéis hoy su voz:  
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,  
como el día de Masa en el desierto;  
cuando vuestros padres me pusieron a prueba  
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.» R.

**LECTURA DE LA SEGUNDA CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A TIMOTEO** (1,6-8.13-14)

<sup>2</sup> Mejor seguir a los LXX —como hace la Biblia de Jerusalén, la nueva Biblia de la Conferencia Episcopal y la Biblia de Navarra.

<sup>3</sup> Citado en Gal 3,11; Rm 1,17 San Pablo cita la segunda parte del versículo, en relación con su doctrina sobre la justicia que viene de la fe y no se apoya en las obras. Por su parte, Hb 10,37s. Cita el verso entero en su versión de los LXX, pero cambiando el orden de los términos y cambiando, en parte, el sentido al actualizarla: «Mi justo vivirá de fe, y, si se volviera atrás [si se hundiera], mi alma no se complacerá en él»

Querido hermano:

Reaviva el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio. No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor y de mi, su prisionero. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios. Ten delante la visión que yo te di con mis palabras sensatas y vive con fe y amor en Cristo Jesús. Guarda este precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Palabra de Dios.

#### **LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS** (17, 5-10)

En aquel tiempo, los apóstoles le pidieron al Señor: «Auméntanos la fe.»

El Señor contestó: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar." Y os obedecería.

Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa"? ¿No le diréis: "Prepárame de cenar, cíñete y sírvenme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú"? ¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer"».

Palabra del Señor.